

puesto á la vanguardia, hubiera tomado, en caso de necesidad, el mando del ejército y marchado contra el enemigo.—¡Suposición extraña! El enemigo, en opinión de la corte, era precisamente el salvador. La reina habria llevado al rey á la frontera, pero para atravesarla y colocarle entre las filas austriacas.

La indecisión de los Fuldenses, su repugnancia en seguir á Lafayette en sus proyectos insensatos, demuestran que les quedaba más razón y patriotismo del que se les suponía. Pronto les veremos aplaudir en la Asamblea el discurso terrible con que Vergniaud aterró al trono en nombre de la Francia en peligro.

Este peligro era demasiado visible lo mismo en el exterior que en el interior. El acuerdo de todos los reyes aparecía contra la Revolución.

En Ratisbonne, el consejo de embajadores se negó por unanimidad á admitir al ministro de Francia. Inglaterra, *nuestra amiga*, preparaba un gran armamento. Los príncipes del imperio, que hasta entonces se mostraban neutrales, recibían al enemigo en sus plazas y se aproximaban á nuestras fronteras. El duque de Baden habia situado á los austriacos en Kehl. Se hablaba de un complot para entregarles Strasburgo. Alsacia pedía á gritos armas que no la enviaban. Los oficiales abandonaban esta tierra condenada y pasaban á la otra orilla. El comandante de artillería del Rin desertó, llevándose parte de sus mejores soldados. En Flandes aun era peor. El viejo soldado Luckner, ignorante, embrutecido, era el general de la Revolución. Tenía cuarenta mil hombres, contra doscientos mil que llegaban. Verdad es que los cuerpos de voluntarios demostraban el entusiasmo más ardiente. No podía contenerse su impetu más que amenazándoles con enviarles á sus casas. Pero carecían de hábiles militares, y tenían muy poca disciplina. Luckner no avanzaba más que para retroceder. Se apoderó de Courtrai y de otras dos plazas; obtuvo éxito bastante para comprometer á los infortunados amigos de Francia y luego se vió precisado á retroceder ante fuerzas superiores. Uno de sus oficiales, al retirarse, dejó, para memoria de nuestro paso un cruel incendio en que desaparecieron los arrabales de Courtrai.

He aquí las noticias dolorosas que llegaban á París una tras otra. Y el peligro era quizás más grande en el interior. Dos casos ocurrían que son precisamente causa de la muerte de todo cuerpo político. El centro no funcionaba, no quería funcionar. No solamente no se enviaban á los ejércitos ni armas ni provisiones, si no que las mismas leyes de la Asamblea no eran expedidas á los departamentos, no se daba conocimiento de ellas á la Francia. Por otra parte, las extremidades, entregadas á si mismas, querían y obraban por su cuenta. Por ejemplo, las Bocas del Ródano, acordaron retener y cobrar contribución, con el pretexto de enviarlas al ejército de los Alpes, que ocupaba la Provenza.

Nada impedía al realismo que se aprovechase de semejante desorganización. En las montañas más inaccesibles del Languedoc, en aquel país de piedra, en la Ardeche, sin vías ni caminos, apareció un *lugarteniente general de los príncipes, gobernador del Bajo Languedoc y de las Cevennes*. Dijo que habia exhibido á la nobleza del país sus poderes para gobernar durante el cautiverio del rey. Ordenó á todas las antiguas autoridades que volvieran á posesionarse de sus destinos, que



En todas las grandes plazas se habían construído tablados (Pág. 116)

detuvieran á los nuevos funcionarios y á todos los miembros de los clubs. Dió armas á los aldeanos, y puso sitio á Jalés y á otros castillos.

Si miramos al Mediodía y al Oeste, comienza á prender el fuego. Un aldeano, Allan Redeler, publica, á la salida de misa, que los amigos del rey deberán tomar las armas cerca de una capilla próxima. Al primer aviso acuden quinientos. El somaten suena de aldea en aldea. El incendio se hubiera extendido por la Bretaña, si Quimper, sin perder un momento, no hubiese enarbolado la bandera roja, y empleando un cañón no hubiese aplastado aquel primer ensayo de guerra civil. El al-



deano volvió á su hogar, pero sombrío, implacable, sediento de combate, de emboscadas nocturnas, de sangre. Desde entonces la chuanería tuvo su asilo en sus corazones.

En general, en el reino, los directorios de los departamentos eran Fuldenses ó Fayetteístas, convertidos á la monarquía. Las municipalidades más revolucionarias sostenían contra los directorios, con la ayuda de los clubs, una lucha sin tregua, que producía por doquiera la anarquía. El Directorio del Sena Inferior, el de la Somme, se significaron por la vehemencia de sus proclamas contrarrevolucionarias después del 20 de Junio. El ministro hizo imprimir en la imprenta real y publicar gran número de ejemplares de la proclama de la Somme, insultante contra la Asamblea.

La magnitud del peligro produjo un efecto singular, imprevisto, que á pesar de su corta duración, prestó una fuerza de cohesión terrible á la Revolución. El 28, Brissot, que ya no iba á los Jacobinos, fué, se presentó como acusador de Lafayette y pidió la unión y el olvido.

Brissot, el hombre de la prensa y Robespierre, el hombre de los Jacobinos, reconciliados un momento, se dirigieron palabras de paz.

El 30 de Junio, Juan Debry, en nombre de la comisión de los doce, presentó á la Asamblea un informe: «Sobre las medidas que había que tomar *en caso de peligro de la patria*» y trató especialmente del caso *en que aquel peligro viniera precisamente del poder ejecutivo*, cuya misión era rechazarle.

De este modo estaba planteada la cuestión en todos los espíritus. Cuando toda Francia fué advertida por el informe y cuando en todas las aldeas y ciudades empezó á oírse esta frase *la patria en peligro*, entonces, por la segunda vez, la causa nacional contra la monarquía quedó encomendada al noble y puro Vergniaud.

Su discurso, de estilo elevado y de un desarrollo grandioso, con muchas redundancias, admira al leerlo. El procedimiento es muy diferente del de Mirabeau; cada cosa tiene aquí menos relieve y saliente, todo esta subordinado al movimiento general, á un inmenso *crescendo* que al avanzar lo arrolla todo. Es como aquellos grandes ríos de América, de varias leguas de anchura, que al mirarlos tienen el aspecto de un mar tranquilo de agua dulce; si os embarcarais en ellos, iría vuestra embarcación rápida como una flecha; se mide con terror la velocidad de la corriente; va arrastrada, sin medio alguno para detenerla, se desliza, corre y va al abismo, á las espumosas cataratas donde la masa de las aguas se rompe al peso de un mar.

La tesis del discurso es la respuesta á la frase que el rey decía y repetía el 20 de Junio: «No me he apartado de la Constitución, etc.» Lo que caracteriza aquel sublime discurso, lo que le coloca por encima de su tiempo y de las mismas circunstancias, es la leal reclamación del honor contra la páfida interpretación literal que se apoya en la falsa conciencia, para matar y exterminar el sentido recto.

En todos los hombres de partido se despertó la confianza cuando Vergniaud, haciendo un llamamiento en una hipótesis elocuente que desgraciadamente estaba muy cerca de la realidad, pronunció estas memorables palabras:

«Si tal fuera el resultado de la conducta que acabo de trazar, que Francia nadase en un mar de sangre, que el extranjero dominara en ella, que la Constitución fuese atropellada, que la contrarrevolución fuera un hecho y que el rey os dijera para justificarse:

»Es cierto que los enemigos que desgarran la Francia alegan que sólo obran para realzar mi poder que suponen aniquilado, vengar mi dignidad que suponen escarnecida, devolverme mis derechos reales que suponen comprometidos ó perdidos, pero yo he probado que no era cómplice suyo, he obedecido la Constitución que me ordena oponerme con un acto formal á sus intentos, toda vez que he puesto mis ejércitos en campaña; es cierto que esos ejércitos eran muy débiles, pero la Constitución no designa el grado de fuerza que debía yo darles; es cierto que los he reunido demasiado tarde, pero la Constitución no señala el tiempo en que yo debía reunirlos: es cierto que los campamentos de reserva hubieran podido sostenerlos, pero la Constitución no me obliga á crear campamentos de reserva; es cierto que cuando los generales avanzaban vencedores sobre el territorio enemigo les he ordenado que se detuvieran, pero la Constitución no me prescribe que alcance victorias, hasta me prohíbe las conquistas; es cierto que se ha intentado desorganizar los ejércitos con las dimisiones combinadas de oficiales y por medio de intrigas, y que yo no he hecho ningún esfuerzo para detener el curso de aquellas dimisiones ó de aquellas intrigas, pero la Constitución no ha previsto lo que yo debiera hacer en semejante caso; es cierto que mis ministros han engañado constantemente á la Asamblea nacional sobre el número, la disposición de las tropas y de su aprovisionamiento, que he conservado todo el tiempo que he podido los que dificultaban la marcha del gobierno constitucional y lo menos posible las que podían darle fuerza, pero la Constitución sólo hace depender su nombramiento de mi voluntad, y en ninguna parte me ordena que yo conceda mi confianza á los patriotas y que despida á los contrarrevolucionarios; es cierto que la Asamblea nacional ha votado decretos útiles y necesarios, y que yo he rehusado sancionarlos, pero yo tenía ese derecho, es sagrado, porque me lo concede la Constitución; es cierto, en fin, que se hace la contrarrevolución, que el despotismo va á poner de nuevo entre mis manos su cetro de hierro, que os aplastaré con él, que vais á humillaros, que os castigaré por haber tenido la insolencia de querer ser libres, pero yo he hecho todo lo que la Constitución me prescribe, no ha emanado de mí ningún acto que la Constitución condene, no se puede por consiguiente, dudar de mi fidelidad hacia ella, de mi celo para defenderla. (*Vivos aplausos.*)

»Si fuese posible que entre las calamidades de una guerra funesta,



en medio de los desordenes de un trastorno contrarrevolucionario, el rey de los franceses les dirigiera aquel discurso irrisorio; si fuese posible que les hablase de su amor á la Constitución con una ironía tan insultante, no estarían aquellos en su derecho respondiéndole:

«Oh rey, que sin duda habéis creído, como el tirano Lisandro, que la verdad no valía más que la mentira y que era preciso entretener á los hombres con juramentos como se divierte á los niños con juguetes; que sólo habéis fingido amar las leyes para conservar el poder que os serviría para desafiarlas; la Constitución, para que no os arrojase del trono, donde necesitabais estar para destruirla; la nación, para asegurar el buen éxito de vuestras perfidias, inspirándola confianza; ¿pensais engañarnos hoy con vuestras hipócritas protestas? ¿Pensais engañarnos sobre la causa de nuestras desgracias, con el artificio de vuestras excusas y la audacia de vuestros sofismas? ¿Era defendernos el oponer á los soldados extranjeros fuerzas cuya inferioridad no dejaba duda sobre su derrota? ¿Era defendernos el rechazar los proyectos que tendían á fortificar el interior del reino, ó á hacer los preparativos de resistencia para la época en que fuéramos ya la presa de los tiranos? ¿Era defendernos el no reprimir á un general que violaba la Constitución y encadenar el valor de los que la defendían? ¿Era defendernos el paralizar constantemente el gobierno con la desorganización continua del ministerio? Os deja la Constitución la elección de los ministros para nuestra felicidad ó para nuestra ruina? ¿Os hizo jefe del ejército para nuestra gloria ó para nuestra vergüenza? ¿Os dió, en fin, el derecho de sanción, una lista civil y tantas y tan grandes prerrogativas para que perdiéseis constitucionalmente la Constitución y el Imperio? ¡No, no; hombre al que no ha podido conmover la generosidad de los franceses, hombre al que solo ha hecho sensible el amor al despotismo, no habéis cumplido el voto de la Constitución! ¡Quizás puede ser derribada, pero no recogeréis vos el fruto de vuestro perjurio! ¡No os habéis opuesto con un acto formal á las victorias que se alcanzaban en vuestro nombre contra la libertad, pero no recogeréis el fruto de estos indignos triunfos! ¡Ya no sois nada para esa Constitución que tan indignamente habéis violado, para ese pueblo que tan cobardemente habéis traicionado!» (Aplausos reiterados.)

El efecto fué el de una tromba. El movimiento, largo tiempo y hábilmente balanceado, aumentado, creciendo en fuerza y en velocidad, cada vez más grande y más terrible, se hizo irresistible. Nadie se libró de él. La Asamblea en masa, envuelta en el poderoso torbellino, fué arrastrada por él. Fuldenses y Fayetteístas, realistas, constitucionales de todos matices, estuvieron de acuerdo con sus enemigos, y todos juntos proferían gritos de entusiasmo. ¡Tal es la tiranía de la elocuencia que nadie podía librarse de ella! ¿O más bien debemos creer que todos, franceses en el fondo, olvidaron el discurso, y el hombre y el partido y su propia opinión, y en aquella voz solemne reconocieron, á pesar suyo, la voz de la patria?

Pero cuando un diputado, Torné, propuso claramente á la Asamblea, lo que era sin embargo la conclusión lógica, que se apoderase del poder y gobernase la Francia valiéndose de sus comisiones, cuando el positivo, el frío, el vasto espíritu de Condorcet llamó la atención sobre todos los medios prácticos que debía adoptar la Asamblea en su nuevo oficio de rey, entonces experimentó algún terror y se replegó sobre sí misma. Tuvo una última mirada, un sentimiento sobre el acuerdo de los poderes, que hubiera evitado la guerra civil, si el rey hubiese tenido un poco de buena fe.

Era el 6 de Julio. El nuevo obispo de Lyon, Lamourette, tomando pie de una frase que había pronunciado Carnot sobre la concordia y la paz, dijo que era preciso á toda costa ponerse de acuerdo, que las dos mitades de la Asamblea debían tranquilizarse mutuamente sobre los temores que experimentaba cada una de ellas; que bastaba que el presidente pronunciara estas solas palabras: «Que los que abjuran y execran igualmente la República—y las dos Cámaras—se levanten al mismo tiempo.»

La Asamblea se conmovió y se levantó en masa. ¡Cosa extraña y de difícil explicación! ¿Qué es lo que quería, pues, aquella Gironda, que hasta entonces, bajo la inspiración de madama Roland combatía al trono sin tregua? Sin duda cedieron á la emoción universal. No estaba en desacuerdo con su pensamiento íntimo. Desde el efecto inmenso producido por el discurso de Vergniaud, que tan profundamente había conmovido la Francia, sentía que todo temblaba, comenzaba á temer que triunfaba demasiado, y que derribaba el trono, para sentar sobre sus restos el trono de la anarquía, el reinado de los clubs.

Sea lo que fuere, la escena fué tan extraña como imprevista. Movidos por un mismo impulso, la derecha y la izquierda se confundieron y se abrazaron; las filas superiores descendieron, la Montaña se arrojó sobre la Llanura. Se vió sentarse juntos á los Fuldenses y á los Jacobinos, Merlin al lado de Jaucourt y Gensonné al de Vaublanc. Estas efusiones sencillas no deben sorprendernos. Francia es una nación donde el buen corazón se desborda en las más violentas discusiones. ¿No se vió una hora antes de la sangrienta batalla de Azincourt á nuestros caballeros y nuestros barones, divididos por odios tan profundos, pedirse perdón y abrazarse? Aquí, lo mismo en vísperas de la sangrienta batalla de la Revolución, estos se conmovieron un momento, dijeron adiós á la paz y dieron un último abrazo á la naturaleza, á la humanidad, á los más caros sentimientos del alma.

La escena cambió pronto y se enfrió mucho, cuando una carta de Petion puso en conocimiento de la Asamblea que había sido suspendido por orden del Directorio de París y que éste disponía persecuciones por las ocurrencias del 20 de Junio. Se empezó á comprender que la escena tan hábilmente preparada por Lamourette no había sido más que un ardid de guerra, un medio de entorpecer á la Asamblea, obligándola á



que aplazase la gran medida popular que se temía: la declaración del peligro de la patria.

Y fué confirmada la suspensión y publicada por una proclama del rey, enviada por él á la Asamblea.

Entretanto la población se movía en favor de su alcalde, y llovían las peticiones en su favor; se presentó una en nombre de los cuarenta mil obreros de París.» El mismo Petion fué á la barra, y dijo como justificación principal, esto que es muy grave: «Que á ningún precio y sucediera lo que sucediera no había querido arriesgarse á que corriese la sangre.»—El 13, la Asamblea alzó la suspensión del alcalde y la mantuvo todavía, dato notable, para el procurador de la comuna, Manuel, quien, según todas las apariencias, bajo la dirección de Danton, había tomado una parte muy activa en la organización del movimiento.

La fiesta aniversario del 14 de Julio no fué otra cosa que el triunfo de Petión sobre el rey. Los hombres, armados con picas, llevaban escrito en los sombreros con tiza: «¡Viva Petion!» Sin embargo, todo pasó tranquilamente; en medio, no obstante, de una emoción visible, era una calma con estremecimientos, como un descanso antes del combate. Entre los símbolos ordinarios que figuraban en el cortejo solemne, tales como la Ley, la Libertad, etc., algunos hombres vestidos de negro, coronados de ciprés, llevaban también una cosa misteriosa y temible, que se veía brillar á través de un crespón; era la espada de la ley. Velada todavía, iba á desgarrar su tenue envoltura y á convertirse en el hierro del Terror.

El rey iba como á la fuerza, y parecía la víctima. Víctima más que de la Revolución de sus obstinadas convicciones. Iba odioso con su doble *veto*, pensativo, melancólico, esperando ser asesinado, tranquilo por su muerte, inquieto por los suyos. Por vez primera, á sus instancias, llevaba un peto oculto. «Su aspecto, dice un escritor realista, era el de un deudor al que llevan á la cárcel.» Sin embargo no se dejó llevar hasta el fin. Cuando le invitaron á que prendiese fuego al árbol de que pendían las insignias feudales, dijo que la cosa era innecesaria, y protestó así en cierto modo, aquel último día de la monarquía, en nombre del antiguo régimen expirante.

La monarquía, ostensiblemente, había concluído. El ministerio había presentado la dimisión el 9 de Julio; el directorio de París presentó la suya el 20. Desapareció toda autoridad. El Estado quedó sin gobierno, la capital sin administradores, el ejército sin generales.

Quedaba la Asamblea, indecisa y flotante. Quedaba la nación conmovida, indignada por los obstáculos, ignorando los remedios, buscándose á tientas, sintiéndose fuerte, atestiguando la Asamblea y no pidiendo más que un signo.

Este signo era la *Declaración de la patria en peligro*.

¿Qué era en realidad? Robespierre lo dijo perfectamente: una confesión que hacía la autoridad de su impotencia, del estado horrible de cri-

sis á que habían llegado las cosas, un llamamiento á la nación para que se salvara ella misma.

Esta declaración pedida el 30 de Junio, formulada el 4 de Julio, votada el 11, no fué promulgada hasta el domingo 22 de Julio. Se acababan de recibir las noticias más alarmantes del Este. El directorio de París, en vísperas de su dimisión, se oponía al reclutamiento: fué acusado de ello positivamente por dos excelentes ciudadanos, Cambon y Carnot. Desde el 11 hasta el 22, no se pudo obtener del poder ejecutivo la autorización necesaria para proclamar el peligro de la patria.

El alma de la Francia estaba tan conmovida en aquel momento, los pechos tan próximos á estallar, que todos anhelaban alzar la bandera del entusiasmo. Se temía que la embriaguez degenerase en furor.

Por fin fué preciso conceder la declaración tan impacientemente deseada por el pueblo. El domingo 22 de Julio se hizo la proclamación en las plazas de París. Fué repetida en todas las plazas de Francia.

El decreto de la Asamblea mandaba que hecha la proclamación se constituirían en vigilancia permanente los consejos de los departamentos, de los distritos, de las comunas: que todos los guardias nacionales entrarían en activo; que todos los ciudadanos declararían las armas que tenían; que la Asamblea determinaría el número de hombres que había de proporcionar cada departamento: que el departamento, el distrito, distribuirían el cupo; que tres días después escogerían los hombres de cada cantón los que el cantón debía presentar; que los que hubieran obtenido este honor se presentarían dentro de tercero día en la cabeza del distrito, donde les darían el socorro, la pólvora y las balas. Nada de obligación para uniformarse: podían ir al combate con sus trajes de trabajo.

En París se hizo la proclamación con una solemnidad austera, digna de la situación. El genio de la Revolución, allí se demostró, estaba verdaderamente en la Comuna. Danton influía ya en ella por Manuel, procurador de la Comuna, por los oficiales municipales y el consejo general. Su aliento parece haber animado al autor del programa, á Sergent, artista mediano, pero poseído en aquel momento por un vértigo sublime; demasiado lo transmitió á las grandes y terribles fiestas que precedieron y siguieron al 10 de Agosto. Parece como que Sergent fué en esta ocasión el artista de Danton, como más adelante David lo fué de Robespierre. Sergent, inferior como artista, parece que fué más poderosamente inspirado que David para la *mise en escena* de aquellas representaciones populares. Produjeron un efecto verdaderamente espantoso. Una de ellas, la fiesta fúnebre, celebrada después del 10 de Agosto, causó en la población una impresión de dolor furioso, que acaso deba considerarse como una de las causas de la matanza que se ejecutó después.

El domingo 22 de Julio á las seis de la mañana comenzaron á disparar los cañones del Puente Nuevo, y continuaron de hora en hora,